

CARIDAD

PARA LA FÁBRICA DE UNA IGLESIA.

Gloria et divitiæ in domo ejus.

Gloria y riquezas habrá en su casa.

(Ps. cxl, 3.)

¿Qué gloria es esa, amados hermanos míos, qué riquezas son esas cuyo origen nos indica el Espíritu Santo, permitiéndonos ambicionarlas y buscarlas, por ser legítima su posesión? ¿Se trata de aquella gloria que se deriva de un egoísmo impío, anatematizado por nuestro divino Redentor Jesucristo, como obstáculo eterno á la fe y á su dignidad? ¿Son acaso esas riquezas fugaces, esas riquezas que lastiman y hostilizan á sus poseedores, segun la expresion del divino Salvador, y torturan á los que las han perdido? Nó. Trátase de la gloria que santifica, que lleva á la inmortalidad; de la gloria que termina en una apoteosis divina, en una corona inmarcesible de gloria.

Trátase de las riquezas de Jesucristo, de las riquezas que glorifican al pobre, que hacen su fortuna, y dan á comprender la nada de las grandezas humanas.

Ahora bien, amados hermanos míos: ¿en dónde se encuentra esa gloria que acabo de caracterizar? ¿En dónde están esas riquezas divinas? En la casa de Jesucristo. Esta casa es su templo, la Iglesia católica. Tal es el asunto de que voy á ocuparme; invitándoos, al propio tiempo, á contribuir á la fábrica de un templo católico.

Voy á manifestaros, con la ayuda de Dios, amados hermanos míos, la excelencia de la obra á que me refiero, fundándome en dos razones; primera: que no hay otra obra más gloriosa para Dios; segunda: que tampoco hay otra que sea más necesaria y más útil al hombre. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

1. Construir un templo católico es contribuir á la obra más gloriosa para Dios, por dos razones: primeramente, porque con el templo católico, Dios levanta de nuevo, restaura, consagra y santifica las ruinas de otros dos templos, que el crimen habia mancillado: el universo y el hombre; en segundo lugar, porque en el templo católico manifiesta Dios y hace resplandecer todos los atributos de su poder y bondad.

He dicho, que el templo católico, la iglesia católica, levanta de nuevo, restaura, santifica y consagra las ruinas de dos templos. Dios habia edificado para sí dos templos; su diestra habia fabricado el universo: el universo es un templo que manifiesta la gloria de Dios. Dios dió á este templo por bóveda la inmensidad de los cielos; suspendió en el firmamento el sol y las estrellas para que iluminasen este gran templo; la tierra es la nave en que están las almas humanas, los que adoran á Dios en este templo.

¡Pues bien! este templo fué profanado con criminales ultrajes, manchado con enormes apostasías. Adán pecó, y arrastró consigo á la creacion entera; y, desde su caida, el mal ha penetrado en las entrañas de la tierra. El paganismo profanó tambien este templo. ¿Hubo jamás profanacion mayor, más universal, que la del paganismo? Olvidando toda tradicion, desconociendo y rechazando toda verdad, el paganismo pasó dos siglos enteros sin elevarse á Dios por medio de sus criaturas: las deificó; se prosternó delante del fuego; adoró al sol, á las estrellas; adoró el mar, las selvas, los bosques, la tierra, la noche, el dia, el miedo, el mal, la vergüenza y el barro; se prosternó delante de las criaturas, en presencia de las obras de sus manos. Nunca habia sido tan profanado el universo. Nuestro siglo, empero, ha visto una profanacion más espantosa todavía. ¿Qué dice del universo toda la filosofia ecléctica de este siglo? ¿Reniega del templo de Dios? No; declara que el universo es Dios; no va más lejos. Esto es la abominacion de la desolacion en el lugar santo; es la criatura colocada á mayor altura que Dios, ó mejor, es el ateísmo dominando en el templo de Dios. ¿Qué se han hecho las obras del hombre? Recorred toda la tierra, el mundo de las artes, el mundo de la industria. ¿Qué vereis? El esfuerzo del hombre para pedir á la materia todo lo que puede dar á su codicia. Nadie penetra en las profundidades de la tierra, nadie se remonta á los astros para buscar y celebrar la gloria y grandeza de Dios, sino para hallar los objetos de su codicia ó de su egoísmo: es una profanacion inmensa, es un paganismo nuevo.

Eso no puede durar; es menester que Dios purifique este mundo. Y, ¿cómo lo purifica? Por medio del templo católico. El Verbo de

Dios se encarnó. El Verbo eterno, Dios, se unió personalmente á la naturaleza humana degradada, y tomó nuestra naturaleza. Ved, ahí; pues, una glorificación infinita de la materia; la materia, como sustancia material, fué enaltecida hasta la apoteosis divina por Jesucristo, que quiso lavar este templo, este universo, de todas las manchas que lo profanaron; y lo lavó, en efecto, con la sangre que derramó en el Calvario. Pero á unas profanaciones sucedieron otras, y ha sido, y es preciso derramar continuamente sangre que purifique el mundo. El altar del Calvario se riega sin cesar con sangre; id á todas las iglesias, á todos los templos católicos: la sangre lava constantemente el universo; de suerte, que bien podemos escribir en el frontispicio del templo: El cielo, la tierra, los mares, el universo entero es perpetuamente lavado con la sangre de Jesucristo.

El hombre es tambien un templo de Dios. Ved á Adán al salir de las manos del Criador: ¡templo magnífico! Figuraos á Adán, puro, santo. ¿Qué templo más hermoso, más digno del Altísimo? El universo no sabe rogar á Dios; el universo material no puede glorificarle en sí; no tiene boca, no tiene lengua para expresar la admiración que Dios le merece; pero el hombre, colocado en este mundo, es el sacerdote, el pontífice de toda la creación. Ved el entendimiento del hombre, que corona dignamente este templo; su memoria, en que se refleja lo pasado, lo presente y lo venidero; ved la nave, que conduce al santuario: el santuario es el cuerpo del hombre; en este santuario hay un altar: en este altar hay una víctima, el fuego sagrado, el amor que nunca debe extinguirse. ¡Pues bien! el hombre ha profanado este templo: lo ha profanado con la abominación, ha derribado el altar, ha manchado el tabernáculo, ha arrojado á Dios de su corazón para hacer lugar á Satanás, y ha deificado todas sus pasiones. A este extremo hemos llegado; en semejante extremo nos hallamos aun. Somos el templo de Jesucristo; somos el templo vivo del Señor por la gracia del bautismo, por nuestra unión sobrenatural con Jesucristo.

En el templo católico, amados hermanos míos, con las lágrimas de la penitencia, por medio de una unión santificadora y regeneradora, estos templos vivos, cuando han sido profanados, recobran su primera blancura, su pureza, su santidad. Ved á esas vírgenes cristianas, que no han perdido la gracia del bautismo: ¡dignos templos de Jesucristo! Ved á esas doncellas castas como la paloma, en medio de nuestras sociedades degeneradas: ¡son templos de Dios! El agua maravillosa del bautismo, que se derrama en nuestras iglesias, purifica todos los templos; y con razón decimos, que el templo cristiano purifica el templo vivo del hombre.

Por otra parte, del templo católico se sirve Dios para que resplandezcan todos los prodigios de su poder y su bondad. Si os llevarsen al pié de una sepultura, y la voz de un taumaturgo evocara á un difunto, quedariais asombrados al ver que el cadáver se animaba y salía de su sepulcro. Ahora bien: aun hay otra cosa más sorprendente; es la palabra del sacerdote, la palabra de un misionero, que arranca de sus pasiones á un hombre, que veinte ó treinta años ha vive sumido en su ignorancia, en su corrupción, en su abominación, y ha entregado su alma á Satanás; basta una sola palabra de Jesucristo, palabra pronunciada por un sacerdote, para resucitar á ese muerto y devolverle la vida en toda su plenitud. El poder de Jesucristo no encuentra obstáculo alguno para resucitar un muerto y dar animación á un cadáver; pero en el hombre muerto por el pecado, toda la energía del mal resiste á la gracia de Jesucristo; y, sin embargo, se obra el milagro, y no hay ningun sacerdote, ningun misionero que no haya resucitado á algunos de esos muertos. En el templo católico se revelan todos los portentos del poder de Dios; pero tenemos ojos y no vemos, tenemos un corazón y no sentimos. ¿Hay nada más admirable que el santo sacrificio de la Misa? Este es el supremo esfuerzo del poder, de la sabiduría y de la fuerza infinita de Dios. Dios es infinitamente bueno, y, como tal, esencialmente difusivo. Así, pues, la creación del universo no fué la manifestación completa, la expansión de la bondad de Dios, sino una sombra de su bondad; pero con la Encarnación y con la Eucaristía, Dios se difunde infinitamente en nosotros, nos da un testimonio infinito de amor. Por consiguiente, ya comprendéis, que en el templo católico Dios levanta las ruinas del universo, manchado con las abominaciones de la tierra y del paganismo; repara todas las abominaciones, que el vicio y el pecado han derramado en el corazón del hombre, y hace brillar su poder, su sabiduría, su bondad infinita.

2. Pues bien, amados oyentes: el templo católico, no solo es la más alta manifestación de la gloria de Dios, sino que es lo más útil y necesario al hombre. El templo católico produce tres maravillas, considerándolo en sus relaciones con el hombre. En primer lugar, el templo católico, por sí solo, puede civilizar al hombre; y el templo católico puede santificarle y abrirle las puertas eternas del templo de la gloria de Dios. El templo católico, repito, puede civilizar por sí solo al hombre. Esta proposición suena mal al humano orgullo, pero es verdadera. Es evidente, que no se puede civilizar al hombre con el error, porque el error no da de sí más que mal, y el mal engendra el crimen. No hay civilización posible donde no está la verdad. Esta pro-

posicion es admitida, es evidente. La verdad solo se encuentra en la Iglesia católica; no hay más que tres cátedras, donde la verdad incorruptible se enseña al mundo: la cátedra pontificia del Vicario de Jesucristo; la cátedra episcopal, unida al centro eterno de verdad; la cátedra parroquial, unida al episcopado, íntimamente relacionado, por su parte, con la unidad de la verdad eterna. Fuera de estas tres cátedras, solo encontréis el paganismo, el mahometismo, el cisma, la herejía, la cátedra pestilencial de todos los errores. La filosofía es impotente para dar una sombra de verdad: y como es claro, que solamente la verdad puede civilizar al mundo, que la verdad dimana de la Iglesia, y solo de la Iglesia, que la cátedra parroquial es el eco de la episcopal, la que, á su vez, lo es tambien de la pontificia, no hay, por lo mismo, verdad, ni civilizacion posible fuera del templo católico.

La caridad es otro elemento de civilizacion. No es dado civilizar sin la verdad; y la verdad solamente se encuentra en el templo católico. ¿Quién encontrará en el mundo, fuera de la Iglesia católica, una enseñanza, ó unos medios secretos equivalentes á los que nos ha dado nuestro Señor Jesucristo? ¿Quién encontrará un remedio al egoismo? ¿Por ventura, la barbárie es la civilizacion? ¿Por ventura, el salvaje es el civilizado? ¿Qué importan los adelantos materiales, los adelantos de las ciencias y de las artes, si predomina el egoismo? Y ¿cuál es sino el egoismo, la cualidad característica del bárbaro y del salvaje?

Y luego, ¿cómo se concibe la civilizacion sin la caridad? En nombre de Jesucristo, que descendió de los cielos con la caridad, os digo, que el egoismo forma el fondo de todas las herejías, de todas las sectas presentes, pasadas y futuras. Para destruir el egoismo es menester, que Dios penetre en las entrañas del hombre. Somos tan egoistas, que fué preciso, que el amor infinito llenase nuestro corazon para movernos á amar á Dios, á nuestros hermanos, y hacernos olvidar el excesivo amor á nosotros mismos. Tan solo Jesucristo, tan solo la Eucaristía puede obrar semejante milagro. Cuando se habla en nombre de la humanidad, no se ama al hombre por el hombre. La filantropía es una herejía de la caridad; únicamente la caridad de Jesucristo da por fruto la verdadera civilizacion.

El tercer elemento, necesario á la civilizacion humana, es la virtud. ¿Acaso, el crimen puede civilizar? De ninguna manera. ¿Y cómo germina la virtud? Es indispensable una fe poderosa, que destruya, no solo la apariencia del crimen, sino aun el pensamiento del crimen, y cuya fuerza invisible haga penetrar la virtud en el corazon

del hombre. La virtud es una cosa sobrenatural, es extraña á nuestras inclinaciones geniales; no podemos ser virtuosos por nosotros mismos, sino por la gracia de Jesucristo, por la comunión, por la Eucaristía, y nada de esto es posible fuera del templo católico. Y cuando al hombre le alienta el fuego de la caridad de Jesucristo, cuando mata al egoismo con el amor; cuando adquiere la virtud, que encuentra en el cuerpo y sangre de Jesucristo; ¿qué sucede? Que alcanza la verdadera libertad. La única libertad real, no es la que se os presenta en todas las falsas doctrinas y en las utopías modernas: la verdadera libertad es la que nos libra del vicio, la que nos saca de las tinieblas, nos preserva del mal; es la que se engendra en el amor, en la caridad; y la caridad y el amor solamente se encuentran en la Iglesia de Jesucristo.

5. Estas tres palabras: libertad, igualdad, fraternidad las han trocado los hombres en elementos revolucionarios, despues de tomarlas de la Iglesia de Jesucristo; pero las han tomado para desvirtuarlas y ocultar su procedencia. ¡Libertad, igualdad, fraternidad! palabras, que solo pueden pronunciarse á la sombra de los altares de Jesucristo, en los cuales se encuentran realmente estos elementos. ¿Y dónde está la igualdad? En la mesa eucarística, y en ninguna otra parte. ¡Oh! Jesucristo no confunde á los grandes con los pequeños: el rey es rey en esta mesa, pero está sentado al lado del simple ciudadano; el amo se sienta al lado de su criado, pero siempre es amo; nadie pierde su carácter, y todos son glorificados por esta igualdad divina. Ved aquí la igualdad, igualdad de la fe, de la esperanza, y de la caridad eterna; igualdad, que no confunde la categoría, que deja al rico en su lugar y al pobre en el suyo, elevándoles á entrambos entre los esplendores de la felicidad infinita. Tal es la civilizacion que hallais en el templo de Jesucristo. Ya veis, pues, amados hermanos míos, que, á causa de la degeneracion original de los hombres, el mundo no puede civilizarse sino por medio de la verdad, de la caridad y de la virtud. Estos tres elementos se encuentran: el uno, en el púlpito; el otro, en el sagrado altar; y el otro, en el tribunal de la reconciliacion. Ved al misionero, que parte para tierras lejanas; va á la Oceania occidental, á los confines del mundo, á los países de los antropófagos: ¿qué lleva consigo para introducir la civilizacion? Un ara y una cruz. Abre una capilla en una peña, ó en el tronco de un árbol añejo, pone allí su altar, su ara, é invoca á Jesucristo; hace correr la sangre del purificador del mundo; viene la civilizacion, y, con ella, la libertad y la igualdad; y al poco tiempo, aquellos antropófagos se vuelven generosos, cristianos,

confesores, mártires. Fuera de esto, no hay más que barbarie.

He dicho al principio, que el templo católico puede, por sí solo, civilizar al hombre, y hemos visto, que la verdadera civilización se encuentra al pie de los altares de Dios. La santificación hace al hombre superior á la civilización, le prepara para el cielo, le hace santo. Pues, bien; ¡ved como todo tiende en la Iglesia á formar santos! ¿Acaso, no son santos los dogmas que os predicamos? ¿Acaso, no es santa la noción que de Dios os damos? ¿Acaso, Dios no es santo por esencia, y en sus manifestaciones? ¿Acaso, puede concebirse una idea más perfecta que la de Jesucristo, cuya historia os contamos, historia divinamente escrita en los santos Evangelios? ¿Acaso, le es posible á Satanás, encontrar una sombra de pecado en la vida de nuestro Señor Jesucristo? ¿Acaso, no podemos decir á todos los siglos: Quién de vosotros le acusará de pecado? ¿Acaso, hay un tipo de santidad, semejante al de la Santísima Virgen, concebida sin pecado en el seno de su madre? Ella es el tipo de la esposa cumplida, de la mujer generosa, de la madre tierna, de la viuda fiel y sin mancha. ¿Hay nada más santo, que la moral del Evangelio, que cada día os predicamos? Si se difundiera la moral de Jesús, enseñada por la Iglesia, si se individualizara en todas las almas, ¡oh! el universo sería un templo, una imagen de cielo, en donde no cupiera un mal pensamiento, un mal deseo, toda vez, que Jesucristo arranca también del corazón los malos pensamientos.

Nada, pues, más santo y santificador que la moral de Jesucristo. ¿Hay cosa más santa que los sacramentos, estos remedios divinos, ordenados por Jesucristo? ¿Por ventura, el Bautismo no encierra el germen de toda santidad? ¿Por ventura, la Confirmación no trae consigo la santificación de todos por los dones del Espíritu Santo? ¿Por ventura, no comeis el pan de los santos en la Eucaristía? ¿Por ventura, el sacramento de la Penitencia no purifica vuestras almas de la levadura de las pasiones? ¿Por ventura, el sacramento de la Extremaunción no os unge como al que ha de luchar con los desesperados esfuerzos del demonio? ¿Acaso, el Matrimonio contraído al pie de los altares, no deposita un germen de santidad en el seno de los esposos, para que la estancia nupcial sea un templo, y el tálamo conyugal santificado? En la Iglesia, todo tiende á santificar al hombre. Todas las ceremonias, todas las fiestas y solemnidades deben de excitar en nuestra alma el sentimiento de santificación. De lo dicho se deduce claramente, que el templo católico santifica al hombre.

He dicho, en tercer lugar, que el templo católico abre el tabernáculo de vida. Con efecto, amados oyentes, un templo católico

es un vestíbulo que toca al cielo, vestíbulo del templo eterno de Dios. Si me atreviera á valerme de una comparación, diría, que es un viaducto construido en medio de este cenagoso pantano del mundo, y que termina en el templo de la gloria eterna. Es un acueducto divino, que va á tomar las aguas de la eterna vida, y las derrama sobre toda la superficie de la tierra; y como esta agua quiere volver á su nivel, os eleva, os lleva hasta los pies de Jesucristo. Esto es el templo católico. Si en estos momentos me diese Dios el dichoso poder de elevaros conmigo al templo eterno, si las puertas celestiales se abriesen ante vosotros, y os fuese dado entrar por un instante en el reino eterno, ¿qué veríamos? A Jesucristo. Contemplaríamos cara á cara al Santo de los santos, en la luz eterna que ilumina los cielos, y podríamos fijar nuestras miradas en la profundidad del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Pero no vayámos tan lejos, amados oyentes; detengámonos al pie de este tabernáculo. ¿No está aquí Dios? ¿No habita en este templo? ¿Acaso, no poseéis por la fe, lo que veriais en el templo eterno? ¿Acaso, la verdad no reside en Jesucristo? ¿Sabeis lo que aquí sucedería, si un solo rayo del esplendor infinito, que despide el cuerpo de Jesucristo, irradiase sobre vosotros? ¿Sabeis lo que sucedería? Las paredes, piedras, y bóvedas de este templo serian más resplandecientes que el cristal más puro, aunque reflejasen en él un millón de soles; vuestros rostros brillarian como las estrellas, vuestros vestidos serian más blancos que la nieve; seriais transfigurados como Jesús en el Tabor, si os hiriese un solo rayo del cuerpo de Jesucristo.

Si, pues, la Iglesia, templo de Jesucristo, es el pórtico, el sagrado vestíbulo del cielo, fabriquemos templos, amados hermanos míos, no nos cansemos de edificar iglesias. Construir una iglesia es la obra más gloriosa para Dios, es la más útil al hombre, es una obra de civilización, de santificación, de glorificación para la humanidad.

DIVISIONES.

CARIDAD.—No hay piedad sin caridad.

No hay penitencia sin caridad.

No hay cristianismo sin caridad.

CARIDAD DE LOS SUPERIORES.—Es una caridad, que debe ser: 1.º condescendiente; 2.º celosa; 3.º bien ordenada.

CARIDAD DE LOS INFERIORES.— Debe nacer de la fe.

Debe ir acompañada de la sumision.

Debe estar sostenida por la paciencia.

Véanse: AMOR DEL PRÓJIMO; CELO POR LOS TEMPLOS DEL SEÑOR; TEMPLOS; Y BENDICION DE UNA IGLESIA.

[Faint bleed-through text from the reverse side of the page, including phrases like "CARIDAD DE LOS INFERIORES" and "AMOR DEL PRÓJIMO".]

ÍNDICE

DE LOS

SERMONES CONTINUADOS EN ESTE TOMO

Y DE LAS PRINCIPALES MATERIAS DE CADA UNO (*).

	Pág.
Apostasia.	7
1. El reino de Jesucristo.	8
2. El apóstata.. . . .	9
3. No puede encontrar consuelo.	11
<i>Planes sobre el mismo asunto.</i>	13
<i>Pasajes sobre la Sagrada Escritura.</i>	14
<i>Figuras de la Sagrada Escritura.</i>	15
<i>Sentencias de los santos Padres.</i>	15
Apostolado de los fieles.	16
1. Mision del cristiano.	17
2. Celo de la Caridad.	18
3. Cómo hemos de salvar al prójimo.	20
Apostolado de la mujer católica.	23
1. La mujer católica es el apóstol de la verdad.	24
2. Es el apóstol de la caridad.	27
3. Es el apóstol de la virtud.	31
Apostolado seglar.	33
1. Primer motivo del apostolado seglar.	34

(*) Cada epigrafe es un extracto de la materia que contienen los párrafos de cada uno de los Sermones, señalados con el número que lleva dicho epigrafe.